

Víctor
A. Kühne

SIEMPRE QUE SIENTE
LA SIEGA, LA CIEGA
SIENTE QUE SIEMPRE...

I

¿De dónde vino? ¿cómo llegó? ¿de quién es pariente la ciega?
¿qué madre parió a la muda? ¿qué padre procuró la vida —vi-
da simple— de la sorda?

No sé.

Está sentada en un sillón que no ha visto pasar el tiempo.
Con las rodillas flexionadas, porque quiero verla sentada. Y
cubierta con una túnica de tela de olvido y resignación. No
es de lino, no quiero oro, ni quiero plata, yo lo que quiero es
romper la tonta, loca costumbre de ver, oír y hablar; y tam-
bién de sentir que hay presente, futuro y pasado.

En la mitad de una casa grande —¿castillo?—, en la sala
de gobelinos; al centro exacto; es como un mueble que tiene
espíritu, pero no lo manifiesta. Carece de edad porque nadie
registró su natalicio y aún no muere.

La enorme sala de la casa grande —¿palacio?— recuerda
todos los tiempos: jarrones y porcelanas de la “dinastía Ming”,
un cuadro de la “época azul” de Picasso, una espada de To-
ledo y una cruz gamada de los nazis... crueles, malos, feos.
Un porrón de vino y una botella de whisky escocés, porque
la casa está en ninguna parte de un mundo que no hay, por-
que no tiene universo.

Y sillones, mesas, ruidos, vidas, muertes, manteles, hombres,
niños-niñas, enanos, mujeres, agua, relaciones sociales, vasos, pa-
peles, jaulas, zapatos, amor, esperanza, odio, fe, encajes, cartas,
ornamentos, flecos, gigantes, cortinas, lágrimas, sonrisas, libros
y lo que hay en una sala.

2

La mirada del hombre ataviado con encajes y gorguera, atra-
viesa a mi personaje sin enterar al dueño de la estancia femeni-
na. Saca la espada, reparte vituperios contra la traición y la
virginidad de una esposa que suele cohabitar, indulgente, con
su inferior soldado raso... bello, varonil, comprensivo, alegre,
arrollador, mundano, caballero. No es él tan celoso para ase-
sinar militares degradados sin pensarlo doblemente, pero se
presenta la oportunidad y la aprovecha: mata, maldice y mata.
La esposa llora y enloquece, mientras el amante agoniza. El
marido se arrepiente y comete pecado de abandono de sala,
en veloz corcel de corte clásico y paso galopante. Huir del re-
cuerdo de lo que a todos puede suceder, pero que nadie ad-
mite suponer en propia persona. ¿Qué esperabas?, ¿Qué
creías?; obviamente, la infiel histeriza los acontecimientos mien-
tras tanto y, alocada, se precipita por la barranca cercana. Veo
desde lo alto su cuerpo inerme seccionado como reflejo de diez
o quince tragedias. Siempre que un drama-triángulo es descu-
bierto, hemos encontrado, al alcance de la mano, una pistola,

un frasco de veneno o un profundo precipio. Cuerdas, vigas,
silicios, barbitúricos, cuchillos, navajas.

Es espíritu —espíritu simple— de mi dama sordo-ciego-muda,
sufre, pero no se expresa.

3

Un diálogo sin tiempo, como todo aquí:

—Es peligroso amarte porque no te he amado desde siempre.

—Es bueno amarme porque, en algún minuto, deberá co-
menzar el siempre que desees.

—El siempre no tiene edad, no puede mirarse, no comienza,
no acaba.

—Desde hoy comienza, sin edad, no terminará nunca.

—Es como el perfume y el aire y el canto del ave en la rama
del árbol.

—Cuánta belleza encierran tus palabras.

—Gracias.

—Cuánta armonía hay en la naturaleza que ha querido do-
tar de alas a las aves y de garganta dulce y buena.

—Y también el hombre, al perro, el perro al gato, el gato al
ratón, el ratón a la araña, la araña a la mosca y la mosca a la
rana que suele encontrarse sentada cantando debajo del agua.

—Con todo, no me has convencido.

—Debes amarme.

—Puedo besar, sentir mis brazos desnudos, abrazar y, aun,
querer, desear, pero no tengo obligación de amar.

—Tengo frío.

—Besar, sentir mis brazos desnudos, abrazar...

—Debes amarme.

—Besar, sentir mis brazos desnudos...

—Tengo frío.

—Besar...

—Debes amarme.

—A partir de este siempre, hoy te amo para siempre.

—Siempre.

El alma —alma simple— de mi dama sordo-ciego-muda,
sonríe, pero no encuentra eco.

4

Niño: Infante travieso, goloso, corredor, caminante, rompe-
tibores, jala-cortinas, palpitante, tengo-manita-y-no-tengo-ma-
nita-porque-la-tengo-ocupada, palo, pie, nariz mosca, boca
tremenda, piso trepidatorio, rizos, bucles de oro, mancha-que-
mancha, libro roto, colcha azul, calzones de hule, chaparro, dos
dientes, llanto escandaloso, sudor paternal, mamá consentida,
pinta-paredes, escalamuros, cristales quebrados, indigestión, olor

a azufre, mirada clara, a-la-rueda-rueda-rueda-de-san-miguel-todos-cargan-su-caja-de-miel, zapato sucio, tizne, gordo-y-colorado-como-un-chile-verde, sí señora, sí señor, mi-primo-no-pudo-venir, mentiras, inventos, ingenios, pianos, como-está-crecidito, alfombra, abuelito-qué-hora-es, ya-no-te-soporto, uno-dos-tres-cinco-diez-ochenta, peluche, cuerda, no-hay-nadie, era un-rey-de-chocolate-con-nariz-de-maní, disco repetido, tren inmóvil, electricidad, televisión, caos, crisis, es-la-época-que-estamos-viviendo, en-mis-tiempos-no, coraje, incompreensión, rabia, rodillas lodosas, no-puedo-comprender a este muchacho: Niño.

La ternura -ternura simple- de mi dama sordo-ciego-muda, ofrece su belleza al mundo, pero nadie la comprende.

5

Los vientos soplan encontrados.

Los carrillos mofletudos del dios respectivo de la mitología adecuada, se inflaman y exhalan huracanes.

Primero, vuela el techo de la casa grande —¿mansión?— con sus rojos de teja y sus blancos de mezcla. Después, cae una pared y otra con sus rojos de ladrillo y sus blancos de cemento. En seguida, se arrancan —¿de cuajo?— los cimientos con sus rojos de varilla y sus blancos de arena y grava. Inmediatamente, flota en el aire —¿tradición persa?— el mobiliario y el ornamento con sus rojos de tapete y Van Gogh y sus blancos de porcelana y mantilla.

Pero el huracán, trágico elemento, no conmueve la presencia —presencia simple— de mi dama sordo-ciego-muda, porque sigue con las rodillas flexionadas y cubiertas con la túnica de olvido.

El montículo pequeño sobre el que queda sentada, tiene pasto y piedras y surcos y árboles y huellas del paso de un tiempo que, para mis propósitos, no existe.

6

A lo lejos, el hongo misterioso de la bomba.

7

Ingeniero: constructor, casco de acero, planos, lápices, papeles, contratos, diez-por-ciento, hubo un-rey-en-un-castillo-con-murallas-de-membrillo, compás, regla-te, restirador, a-ver-José-le-vántate-esa-plomada, plumón, andamios, cuerdas, carretillas, ventanas, cimientos, más-mezcla-“maestro”-o-que-demonios-va-a-pasar, cuchara, media-cuchara, yesero, pintor, contratista, vidrios-cristales, azulejos, tres-octavos, ecuaciones, soportes, vigas, trabes, mosaicos, muebles-para-el-baño, papel-mantequilla, aquí-quiero-mi-vestidor, ese-color-no-me-gusta, perforadora, cálculo,

cimbra, lambrín, se-puede-cobrar-más-si-hay-tres-recámaras, pulgada, plomero, eme-dos-raíz-cuadrada, depósito, tanques-de-gas, pala, pico-zapa, zanja-tierra, no-se-recibe-cascajo, materialista-pero-ideológicamente, duela, historia-del-arte, techo, piso, otro piso, ahorro, comisión, veinticinco-por-ciento, ya-no-soporto-los-ruidos, ya-se-pasó-este-bandido-del-presupuesto, dios quiera-que-acabe-pronto, miedo, horror, no-vuelvo-a-meterme-en-esto: Ingeniero.

Al derredor de mi dama sordo-ciego-muda han construido un edificio que después será derribado. A ella, no le afecta el polvo simple que ensucia su figura.

8

Los celos ensombrecen el espíritu de mi dama; disfruta su alma al sentir que el amor existe: su corazón se entenece ante la presencia de un infante; no advierte los vientos tenues ni los violentos, tampoco le importan los inventos destructores de la humanidad y soporta ruido, marea, construcción e instrumentos demoleedores.

Es sorda: no escucha los sonidos de la alegría y del sufrimiento.

Es ciega: no mira los colores de la justicia y de la infamia.

Es muda: no emite las voces de la tranquilidad y de la inquina.

Es una sordo-ciego-muda, simplemente.

Su faz se ha conservado limpia, sana.

Su edad se ha mantenido fuera del paso de los años—¿siglos?—

9

Alegre y volando llega un insecto —¿mosca?— y, travieso, juguetea merodeando a mi dama. Se detiene un momento sobre su rodilla izquierda. Mi dama la observa: ¡Puede ver! El insecto camina lento por todo su cuerpo y se queda inmóvil en su nariz. Mi dama expresa su disgusto: ¡Puede hablar! El pequeño animal opta por correr, en todas direcciones, ocasionando un ruido constante. Mi dama lo escucha: ¡Puede oír!

No debe detenerse el paso de las horas eternamente. Al mirar, las rodillas y piernas se debilitan, pierden su fuerza, se repletan de líneas azules que semejan caminos sinuosos, enfermos.

Al hablar, los labios y dientes se arrugan, caen en desordenada confusión; la lengua se traba. Al oír, mi dama es una anciana que inspira lástima y causa temores.

Mi dama muere.

¿A dónde fue? ¿cómo terminó? ¿dónde están los parientes de la ciega? ¿qué madre sepultó a la muda? ¿qué padre fue al cementerio a llorar la muerte —muerte simple— de la sorda?

No sé.